

PARÍS, 2 de Noviembre de 1852.

Mi queridísimo Conde: Aunque nada tengo que deciros sino que os aprecio mucho, tomo la pluma porque no puedo acostumbrarme á permanecer mucho tiempo sin escribiros. He sabido que vuestro sucesor en Madrid está ya nombrado; aunque esto había de suceder, todavía me ha causado un sentimiento amarguísimo.

Todo está fijado aquí; el próximo mes será proclamado el Imperio hereditario: el nuevo Emperador tendrá la facultad de excluir las líneas colaterales por medio de la adopción si faltare la sucesión directa. Cuando un acontecimiento se hace fatal é inevitable se produce un período de calma, y ésta es la causa de la falta de noticias en este momento; veremos más tarde.

No tardaremos en ver en España hechos gravísimos. El Ministerio va á convocar las Cortes, y presentará el día de la apertura sus proyectos de modificación electoral y constitucional. Ya adivinaréis lo que se seguirá: el Gobierno querrá establecer sólo las reformas, y sucederá... lo que Dios quiera. El porvenir es del Ejército; si está mal dispuesto, hay que prepararse para grandes acontecimientos; si su espíritu es bueno, todo permanecerá tranquilo. Habladme de Alemania, y sobre todo de vos, á quien aprecio antes que á todo.

PARÍS, 21 de Diciembre de 1852.

Mi querido Conde: Aunque hayáis dejado los negocios, sin duda desearéis conocer mi opinión acerca de los graves acontecimientos que acaban de ocurrir en España; voy, pues, á resumirlos en dos palabras: el Ministerio Bravo Murillo ha cometido dos grandes faltas: la primera, no haberse hecho de un General; y la segunda, no haber buscado apoyo en el verdadero pueblo. Sin Generales que le hiciesen respetar, y enfrente de los burgueses levantados, no ha tenido otro apoyo que el de la Reina. Llegadas las cosas á este punto, vuestra vecina, viendo el mal semblante de las cosas y no queriendo indisponer contra sí á los parlamentarios, ha desamparado al Gabinete. El Ministerio que le ha sucedido es igualmente capaz de todo, porque no pertenece á ningún partido ni tiene ninguna opinión común; sus miembros han sido tomados de entre todas las opiniones: Roncali ha sido siempre absolutista; Llorente no ha dejado nunca de ser parlamentario, porque en ninguna otra parte hubiera podido valer. Los otros no son nada; lo que puede, por tanto, guiarnos es la opinión de vuestra vecina, que, en realidad, ha formado el nuevo Ministerio. Su manera de ver ha sido siempre cierta para mí; desea la muerte del parlamentarismo, pero á condición de que esta muerte sea necesaria y que parezca que ella la siente. Si Bravo Murillo hubiese procurado apoyarse en una base sólida, ella le habría dejado obrar; pero el día que su caída le ha parecido cierta, ella misma ha precipitado su ruina para no caer envuelta al mismo tiempo con él.

Lo mismo ocurrirá ahora: el Gabinete hará concesiones

aparentes á los parlamentarios, y el día que desenvuelva su verdadero programa ella le prestará su concurso si es fuerte; si, por el contrario, es débil, le hará caer para contraer méritos.

Lo tenía ya todo preparado para ir á España; pero ante estas eventualidades he suspendido mi ida. No sé qué suerte me espera: si creen útil conservarme, me conservarán; si opinan lo contrario, me dejarán cesante. Nunca es posible calcular lo que puede esperarse de hombres que no obran por principios fijos, sino conforme á intereses que cambian á cada momento.

PARÍS, 27 de Diciembre de 1852.

Mi querido Conde: La situación de España es clarísima; la persona que vos sabéis lo echa todo á pique por exceso de habilidad. El cambio de Ministerio le ha parecido un gran golpe; espera obtener de él que los nuevos Ministros, menos populares que sus antecesores, podrán proporcionarle el cumplimiento de sus proyectos. No se fija en que el Gabinete no está animado de las mismas tendencias políticas que el anterior; en que para calmar la oposición es indispensable hacer concesiones y dejar cierta libertad á los periódicos, y, por último, en que esta libertad asegurará á los parlamentarios el éxito en las elecciones, lo cual conducirá precisamente al punto adonde ella querría que no se llegase: es decir, que habrá que escoger entre someterse á la Corona ó dar un golpe de Estado; de todos modos, el Ministerio actual será mucho más débil que el anterior cuando trate de dirigirse al fin que desea. Á pesar de toda su habilidad, nada ve esa persona de todo esto; de donde

deduzco que todo está perdido y que su propia caída es evidente. Tal es el estado de las cosas¹.

Por lo que hace á Francia, tenéis la clave que os hará conocer todos los secretos; con ella comprendéis lo que ahora ocurre, y podréis conocer lo por venir; no os digo, pues, más. Aunque no me escribís con frecuencia, yo os aprecio siempre.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 9 de Mayo de 1851.

Mi querido Conde: Celebro que hayáis visto al rey de Bélgica y al príncipe de Metternich, que os tiene encantado. ¿No es cierto que el tal Príncipe es la personificación del buen sentido?

En Portugal la insurrección ha triunfado, y Saldanha ha vencido. España siempre enferma: sólo se ocupa en buscar, no solamente electores, sino diputados; es ésta la lucha por las carteras, y no otra cosa. Creo que las Cámaras no reunirán mayoría y que la anarquía es inevitable. En Francia la explosión será en Julio, y entonces saldrá algún dictador del polvo de una batalla. La situación es violenta, hasta el punto de no ser posible que la crisis se haga esperar mucho.

Tendréis más de un golpe de Estado, y una batalla en la capital entre el ejército del Presidente y el de la Asamblea, mandado por Changarnier; después veréis á la Asamblea abrazar las botas del vencedor. No temo hoy al socialismo: su reinado vendrá más tarde.

Adiós, mi querido Conde; ya sabéis cuánto os quiere vuestro mejor amigo,

VALDEGAMAS.

¹ No pasaron dos años sin que se cumpliera este anuncio, saliendo la reina Cristina de Madrid, defendida por fuerte escolta.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 29 de Mayo de 1851.

Mi querido Conde: Las cosas, como os dije, van muy mal en España; espero, por el momento al menos, la continuación del Ministerio, aunque no se halla en el estado que se requiere para gobernar. Suceda lo que suceda, Narváez no volverá á hacerse cargo de los asuntos hasta tanto que la anarquía, que ha llegado á su apogeo, estalle en las calles. Sólo en esta eventualidad, que no es inmediata, podría Narváez tomar de nuevo las riendas del poder y, si cambia de conducta y de sistema, resistir algún tiempo más.

La situación no mejora en Francia; no hay que temer por el momento levantamientos republicanos; éstos vendrán inevitablemente en 1852. Si aquí acontece algo, será un golpe de Estado; si tiene éxito, la dictadura será del Presidente; si se frustra, pasará á manos del General que designe la Asamblea, y éste será Changarnier. Si, por el contrario, no se intenta el golpe de Estado, las cosas continuarán sin modificación hasta 1852, y entonces vendrán el golpe de Estado socialista y la conflagración general en Europa.

Espero que para entonces estará consolidada la gran alianza, para la cual son todos nuestros votos; si no, el mundo está perdido.

Siempre es su mejor amigo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 22 de Junio de 1851.

Mi querido Conde: Siento vivamente que no hayáis podido hablar más con el Rey de la cosa pública, aunque pienso, como vos, que un buen consejo en este momento no valdría tanto como en otras circunstancias. Creo que la alianza entre las tres *damás septentrionales* es ahora definitiva; si algún incidente no viene á turbar esta armonía, aún hay esperanza.

Todo se halla aquí en el estado en que encontrasteis á París: todos horrorizados y todos impotentes; sin embargo, sería insigne locura persuadirse á que el bien llegará sin antes combatir; todo lo más que puede admitirse, es que este combate se hará esperar durante algún tiempo.

Os admira que Miraflores sea ministro de Estado; pero ¿á quién había de confiarse este oficio? El punto no está en gobernar, sino en vivir, aunque con trabajo, bien ó mal.

Una noticia que os causará sorpresa: Narváez, lanzado de todas sus posiciones gracias á mis gestiones, como hábil General que es, ha llevado la cuestión á otro terreno. En Londres, adonde fué, ha hecho la paz con Palmerston. Cree, sin duda, que por este camino conseguirá perfectamente la victoria.

Mi libro ha salido á luz en Madrid ¹: con esto los liberales todos se sienten poseídos de furor, y si les fuera posible me anonadarían.

Ha parecido igualmente aquí, y ha hecho gran ruido.

La vida que hago me viene muy larga. Tengo necesidad de descanso. Aunque no piensan en sacarme de aquí, no quisiera pasar en París un año entero; les temo á las noches de invierno.

¹ Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo.

Creo que acabaré por irme á esconder en lo interior de una provincia, donde nadie se ocupe de mí, ni yo de nadie. En este mundo todo es vanidad.

Menos que nunca comprendo hoy la ambición, y principio á creer que toda esta gloria es humo.

Vuestro de corazón,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 1.º de Septiembre de 1851.

Mi querido Conde: Celebro vuestra feliz llegada, y me causa contento el puro amor de amistad que me tenéis.

Creo, como vos, que el Ministerio, dejándose mecer en las más bellas ilusiones, no vivirá más de un mes después de la apertura de las Cámaras. Si Narváez conociese bien lo que le conviene, y supiese poner de acuerdo su conducta con su conveniencia, subiría de nuevo al poder; pero en las presentes circunstancias es probable que el timón venga á manos de Pezuela. Tal es, al menos, mi opinión. Pero con ó sin Pezuela, con ó sin Narváez, el triunfo de la Revolución, es decir, el establecimiento de la República no es dudoso en España si el año próximo viene en Francia el socialismo.

Aunque seáis mejor juez que yo, no creo, como vos, que la Revolución haya ganado mucho terreno en Alemania: creo todo lo contrario; convengo, sin embargo, en que, si estallara en Francia, tendría mucho eco del otro lado del Rhin: los Gobiernos no reprimirían sin gran dificultad estos asaltos. Temo que no conozcáis bien las capas sociales verdaderamente revolucionarias. El medio en que vivís dista mucho y es harto diferente de ellas; así que vuestras ideas en este punto son quizá incompletas. Para resumir mis convicciones, siquiera me cueste

mucho pensarlo y decirlo, creo que el porvenir pertenece á la Revolución, y que Rusia hará mucho si llega á defender sus fronteras contra esta avasalladora invasión.

Aquí los acontecimientos siguen su curso lógico. El partido legitimista dejó de vivir el día en que adoptó lo que se ha convenido en llamar las conquistas del 89. El partido orleanista desaparecerá después de la increíble candidatura de Trouville. No quedan, pues, frente á frente más que Luis Bonaparte y la Revolución. Creo que el primero tendrá la dicha de ser reelegido y la desgracia de ser decapitado. Después de esto no veo nada, ni veo á nadie, sino á Raczyński examinando en vano con vista perspicaz el horizonte por la parte del Norte, mientras que yo, no sabiendo dónde fijar mi vista, cierro los ojos para no ver.

Suyo de corazón,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 16 de Septiembre de 1851.

Mi querido amigo: El asunto de Narváez me causa desazones intolerables. Confidencialmente os diré que me ha pedido un pasaporte; pero según mis instrucciones, y contra mi propia voluntad, he tenido que negárselo, y dar cuenta á mi Gobierno. No pudiendo agraviar á este último para disculparme á mí mismo, he tomado inmediatamente esta resolución, por lo demás muy poco espontánea. En este momento, mi buena fortuna ha querido llegue la orden en que me mandan dar el pasaporte. Con este motivo le he hablado, y de esta entrevista hemos salido tan amigos. La delicadeza no me ha permitido, naturalmente, decirle que mi propósito era darle el pasaporte; yo representaba á mi Gobierno, y no á mí mismo, y creo que todo ha resultado satisfactoriamente resuelto. Narváez dice, sin

embargo, que diferirá el ir á España si el Gabinete vacila en la conveniencia ú oportunidad de su vuelta; pero después de haber declarado el Gobierno que no ve ningún inconveniente en que vuelva, presumo que á fin de mes el General saldrá para Madrid. Como veis, gracias á Dios, y conformándose con la conciencia, sale uno bien de estos laberintos.

La entrada de Armero ha favorecido mucho al Ministerio, porque éste es un soldado que no teme á nadie. Así que Narváez hará bien en obrar con prudencia. La verdadera amenaza contra el Gabinete está en el Parlamento, origen de todos los males.

Cuando os escribí mi última carta, estaba de buen humor: si os dije que la Revolución triunfaría en Alemania, fué por chancearme con vos; me agrada mucho, en efecto, ver vuestro desaliento cuando se os va alguna dulce esperanza; un niño á quien quitaran sus bombones no se pondría más triste. Hay en el fondo de vuestra naturaleza algo infantil que me encanta, tanto más cuanto que son pocos los hombres de quienes puede hacerse el mismo elogio.

No me habléis de la candidatura de Trouville, porque la palabra, la pluma y los sentimientos se sublevan ante este pensamiento. Otro día os hablaré de las cosas de Francia; nada interesante hay que decir hoy de ellas.

Para concluir, vuelvo á Narváez; soy de los que piensan que no le es conveniente volver á España, y que si vuelve se estrellará. Tal es mi íntimo convencimiento; en determinadas circunstancias podría prestarnos grandes servicios; pero nos faltará este auxilio si la Providencia permite que se anule este hombre mezclándose en nuevas intrigas.

Muchísimas gracias por la prueba de amistad que me habéis dado hablando de mí al Rey y á la Reina madre. Creo en la amistad del primero; he contado siempre con la de la Reina madre, y no estoy menos seguro de vuestra amistad, que me complace igualmente.

Suyo, = VALDEGAMAS.

PARIS, 11 de Octubre de 1851.

Mi querido Conde: La noticia que he enviado por telégrafo¹, no solamente ha sido juzgada prematura, sino hasta la han referido á mí, teniéndome por autor de ella. Vos sabéis la historia del despacho: el ministro de Francia en Wáshington había dado esta noticia á su Gobierno, y por mi parte la comuniqué tal como la recibí. No podía ser más categórico ni suministrar noticias más oficiales. ¿He obrado, por ventura, de ligero?

Este incidente confirma en mi ánimo esta persuasión: que la fortuna guarda sus favores para los hombres sin honor, y no para los que son fieles á su conciencia. Justo motivo para que los hombres de bien se alejen de los negocios, y yo me hubiera alejado ya de ellos si las diferencias con los Estados Unidos no me hubieran detenido, pues me parece que soy el único llamado á terminarlas. Por otra parte, mi resolución es firme; no quiero servir ni á las Asambleas ni á los periódicos; para servir á tales dueños sólo son admitidos aquellos que no conocen á la conciencia.

“¿Conque, según esto, os oigo decirme, no tenéis amor propio?”—Vaya sí le tengo, sí, señor; pero como si no le tuviera, porque me esfuerzo á dominarle con la ayuda de la fe: el cristiano, así como el que no lo es, tiene amor propio, pero con esta sola diferencia: que el uno lo tiene á los pies, y el otro en la cabeza. Esto no quiere decir que llegue siempre á

¹ La noticia fué haber sido derrotados los insurrectos de Cuba, lo cual resultó falso. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

vencerlo, de lo cual estoy distante; pero lucho por dominarlo, y llegaré á vencerlo si soy verdadero cristiano.

Celebraría mucho que Miraflores fuese enviado á París, y que me llamasen á mí para darle mi puesto; en este caso no me vería obligado á realizar un propósito que me es violento; pero semejante eventualidad no es probable ni apenas posible.

Mi reconciliación con Narváez ha sido, en efecto, de las más cordiales, y mi delicadísima negociación ha concluído de la manera más satisfactoria: Si Narváez vuelve á entrar, el Gobierno está exento de toda responsabilidad; y si permanece aquí, el Gabinete se libra de todo peligro. ¿Creéis que cualquiera otra solución hubiera sido mejor? El secreto del resultado es, sin embargo, muy sencillo: se reduce á tener ánimo, corazón y honor en aquel grado adonde no llega el interés.

Habéis formulado una verdad incontestable al decir que no hay salvación para Europa mientras Francia no se salve á sí misma, sea por sus propios esfuerzos, sea con la ayuda de otras naciones. Opino lo mismo, porque se puede decir que los destinos de Europa son los de Francia.

Principian á nacer dificultades; espero un golpe de Estado, y si éste llega se repetirá en todas partes para restablecer en todas partes el orden por la fuerza. Pero si el golpe de Estado se frustra, Europa entraría en un período de confusión tal, que el diablo mismo no sería capaz de prever el término adonde se llegaría. No hablo de España, porque sufriría la suerte general.

Ayllón, como decís bien, puede ser comparado á una mina inagotable: sin él, Bertrán de Lis y Miraflores se habrían visto atajados á cada instante: es todo un hombre de negocios.

Ignoro si habrá necesidad de mí; pero he resuelto no mezclarme en las discusiones del Parlamento; tendría por perdido el tiempo que le consagrare; entre la Cámara y yo hay incompatibilidad, y hasta siento dentera cuando oigo hablar de debates parlamentarios.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 17 de Octubre de 1851.

Mi querido Conde: Al día siguiente de haberos escrito recibí vuestra carta del 9, que me traía noticias relativas á la crisis ministerial; os doy las gracias, y os ruego tengáis la bondad de decirme siempre lo que me convenga saber. Yo os hablaré, en cambio, del estado de Francia, y someteré mis juicios á vuestras reflexiones.

Cuando pasasteis por París, hallasteis á Francia dividida en numerosos partidos: legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos, ó moderados ó socialistas. Todos estos partidos han desaparecido unos después de otros, y entre los monárquicos, los legitimistas son los que han perdido más completamente su influencia; desde que declararon que aceptaban las "gloriosas conquistas de 1789," han dejado de ser legitimistas, y no saben qué dirección seguir como partido. *No hablemos de esto más.*

Por último, aún se ha llegado á punto de poderse decir que entre el Presidente y la Revolución no hay nada de común.

Esta fórmula expresa exactamente el origen y principio de la crisis de que me habláis, y de que hablan todos los periódicos; es de temer que, continuando tal antagonismo, el Presidente tenga la suerte de todos los partidos monárquicos, y que la Revolución quede por dueña de un terreno que ningún enemigo le dispute.

El Presidente se ha equivocado en el momento supremo: ha obrado sabia y juiciosamente reconociendo el sufragio universal, único título de legitimidad admitido hoy en Francia;